

AMARANDA

# UNA RESACA SIN FIESTA



# **Una resaca sin fiesta**

**Amaranda**

Primera edición: abril de 2026

© Copyright de la obra: Pilar Escapa Altarriba

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 979-13-991336-8-4

Código ISBN digital: 979-13-991336-9-1

Depósito legal: B 25413-2025

Corrección: Juan Carlos Martín Jiménez

Diseño y maquetación: © Apple ianliro

Diseño de portada: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions [www.angelsfortuneditons.com](http://www.angelsfortuneditons.com)

[info@angelsfortune.com](mailto:info@angelsfortune.com)

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Para Miquel, Cristina, Aaron y Jordi.  
Mis brújulas en los días claros y mis razones en los días  
difíciles.*

# Prólogo

Me tragué las lágrimas, justo después de empujar a Toni con tanta fuerza, que casi lo tumbo en mitad de Passeig de Gràcia.

Nunca pensé que empujaría así a mi mejor amigo. Ni que lo haría con tanta rabia, que casi lo tiré al suelo. Aunque creo que mi amigo, en los treinta minutos que tardé en llegar a su despacho, había dejado de serlo.

Toni me miró como si no me reconociera. Y en cierto modo tenía razón, yo tampoco me reconocía.

Todo había empezado una hora antes, en el hospital.

Fui a sorprender a Daniel. Proponerle almorzar juntos. Nos habíamos reencontrado meses atrás en urgencias —yo accidentada y el de guardia—, y nuestro amor, que creció rápido, intenso e inesperado, me tenía viviendo en una nube que yo creía irrompible.

Él hablaba poco de su pasado, de su estancia en Alemania después del accidente con su hermano, e incluso menos de sus años en Estados Unidos, pero confiaba en que lo haría cuando estuviera preparado. Yo también tenía mis sombras. No teníamos prisa.

Me senté en la sala de espera. La enfermera me hizo un gesto cómplice.

Y entonces llegó ella.

Alta, rubia, perfecta.

Se plantó en la puerta de Daniel, sonrió con suficiencia y preguntó:

—¿Está Daniel?

—¿El doctor Meyer? —respondió la enfermera.

—Sí, guapa, *mi marido*, el doctor Meyer.

La puerta quedó entreabierta y escuché:

—¡Silvia! ¿Qué haces aquí?

—Facilitarte el trabajo, mi amor.

El mundo se me cayó encima.

Me levanté de un salto y corrí hasta la calle.

Me derrumbé contra la pared en la entrada del hospital.

Llamé a Toni, porque no se me ocurrió a quién más llamar.

Me metí en el metro y caminé hasta su despacho, sin recordar el trayecto. Cuando lo vi esperándome, preocupado, lo único que pude hacer fue empujarlo con toda mi rabia acumulada.

—¿Quién es Silvia? —le pregunté.

El silencio de Toni fue suficiente. Más que suficiente. Doloroso.

—Violeta, cálmate. Daniel quería explicártelo. Se están divorciando, está siendo muy difícil y...

—¿Y lo llama «mi amor»? ¿La rubia perfecta lo demuestra así? —dije arrastrando a manotazos las lágrimas—. ¡Toni, confiaba en ti!

Intentó convencerme de que hablara con Daniel. No quise. No podía en ese momento.

Me fui. Caminé sin rumbo durante horas. Subí a casa en silencio. Me enrosqué en el sofá, como si pudiera esconderme de mí misma. Apagué el móvil antes de que sonara.

Mi padre siempre decía que yo vivía en un mundo de arcoíris. Y quizá tenía razón.

Porque ese día entendí algo que no quería entender:

No había nada más devastador, que descubrir que la persona que me hacía feliz... también fuera capaz de romperme en mil pedazos.

# 1. Daniel



**21 de octubre.**

La mañana había ido razonablemente bien... hasta el momento en el que oí esa voz. Esa voz, afilada y arrogante, que habría reconocido incluso debajo del agua.

—¿Está Daniel?

Desde la consulta contigua, donde colgaba la bata, vi a mi enfermera asomarse a la sala de espera.

—¿El doctor Meyer? —preguntó ella con educación.

—Sí, guapa. *Mi marido*. El doctor Meyer —repitió ella, subrayando cada sílaba como una amenaza.

Sentí cómo algo en mí se tensaba. Cerré los ojos un instante. Solo necesité un suspiro para aceptar que mi día se había ido a la mierda.

Entré en la consulta, justo cuando mi enfermera, desconcertada, daba un paso atrás y Silvia empujaba la puerta con un ademán brusco y desconsiderado.

—¿Qué coño haces aquí, Silvia? —solté sin filtro.

Ella sonrió, con esa sonrisa que solo servía para anunciar alguna desgracia.

—Facilitarte la vida, mi amor.

Mi enfermera entendió al instante que aquello era un campo de minas y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué demonios quieres ahora? Te advertí que, si tenías algo que decirme, lo hicieras por medio de los abogados. No puedes presentarte en mi trabajo.

—Ay, Daniel... —ladeó la cabeza—. Ya he hablado con mi abogado. Y parece que tú no has sido del todo honesto al declarar tus bienes.

—¿De qué coño hablas? —dije cabreado—. Mis bienes y los tuyos son los mismos.

—¿Y la casa de la playa? ¿Y los dos pisos de Barcelona...?

—Eso no es mío. Es la herencia que dejaron mis abuelos. Es de mi madre.

—Pues está a tu nombre. Y lo que está a tu nombre... —se encogió de hombros de forma teatral—, también es mío.

Me hervía la sangre. La mandíbula me crujió del puro esfuerzo por apretarla y no gritarle a la cara.

—No hay animal más rastrero que tú. Nunca tendrás bastante —dije muy despacio.

Sentía tanto asco, tanta furia y tanto desprecio, que si no hubiera sido porque me metería en un lío le habría apretado el cuello, hasta dejarla azul para asustarla.

Echó su melena hacia atrás con las dos manos, antes de darse la vuelta.

—Y tú nunca has sido tan divertido —respondió, encantada de sí misma—. Solo venía a avisarte. Nos vemos en el juzgado.

Cerró la puerta despacio, con esa elegancia fingida que había utilizado siempre para maquillar su podredumbre.

Al quedarme solo, sentí como si por fin pudiera respirar. Y, aun así, tenía el estómago enredado y comprimido.

Yo solo pretendía un acuerdo sencillo sin peleas y cerrar esa etapa de mi vida.

Pero Silvia no dudaría en vender su alma al diablo para obtener lo que quería.

¡Joder! ¿Y ahora qué? ¿Cómo le explicaba esto a Violeta? No sabía ni por donde empezar. Ni siquiera sabía si tenía derecho a meterla en mis fracasos.

Me dejé caer en la silla, presionándome las sienes con los pulgares. ¿En qué momento me pareció que esa sabandija podía ser la madre de mis hijos? Ególatra y vanidosa, me hizo creer que era la mujer de mi vida. Una manipuladora sin remordimientos, que me engañó y traicionó sin despeinarse.

Lo único que tenía claro era algo que me atravesó como una punzada: Silvia haría lo que fuera para arruinarme. Y esta vez podía conseguirlo.

Miré el reloj. Tenía poco tiempo para comer y ninguna gana de hablar con nadie. Decidí ir a casa.

\*\*\*

El móvil vibró justo cuando abría la nevera, intentando encontrar algo que no fuera una pizza congelada o un yogur caducado.

—¿Daniel? ¿Dónde estás? —la voz de Toni sonaba tensa, acelerada.

—En casa. ¿Qué te pasa?

—No te muevas de ahí. Tenemos que hablar —y colgó. Genial. Otro incendio.

Quince minutos después abrí la puerta, descalzo y con una cerveza en la mano. Toni entró con cuatro zancadas, como si el apartamento ardiera y él fuera el único bombero disponible.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté.

Él se pasó la mano por la nuca nervioso.

—Violeta.

Mi cuerpo se alertó antes que mi cabeza.

—¿Qué le ha pasado?

—La ha visto. A Silvia.

Un silencio seco cayó entre nosotros.

—¿Dónde?

—No lo sé —respondió Toni—, pero venía hecha un basilisco. Me gritó, me insultó... y luego nos mandó a los dos a la mierda.

La furia que subió por mi cuerpo, lo hizo tan rápido que no la vi venir. La botella que tenía en la mano salió volando y se estrelló contra la pared, explotando en una lluvia de cristales.

—¡Maldita zorra! —bramé—. ¡No tenía suficiente con arruinar me la vida. Tenía que venir y joderlo todo con Violeta!

Toni levantó las manos, como si temiera que yo fuera a estallar de nuevo.

—Pero ¿qué hace aquí? ¿No teníais que firmar el acuerdo la semana que viene?

—Ha venido a decirme que quiere más. Que va por la herencia de mis abuelos. Que piensa sacarme hasta el hígado —golpeé la encimera con el puño sin poder controlarme—. Esa mujer no tiene fondo. Nunca lo tuvo.

—¡Me cago en la puta, Daniel! —Toni apoyó las manos en la barra—. ¿Sabes el marrón en el que me has metido con Violeta? Ç

—¿A ti? ¡Cabrón! ¡Se supone que tenía que gritarme a mí y no cruzarse Barcelona para que la consueles tú! No sé qué rollo te traes con ella.

—¡Serás imbécil! ¿Estás loco? Violeta está convencida de que le ocultabas algo. Y que yo lo sabía.

—¡Le ocultaba una mierda! —grité—. ¡Intentaba protegerla! Todo iba bien. Por primera vez en años, todo iba bien.

—Hasta que no le contaste nada —replicó Toni sin suavizar el tono—. Daniel, la tienes enamorada como una idiota desde que tenía diecisiete años. Tu desaparición, tus

complicaciones, tu pereza de hablar con ella... ¿qué esperabas? ¿Que se quedara tan tranquila?

—¡Joder! —me llevé las manos a las raíces del pelo, tirando de él—. ¡No sé ni por dónde empezar a arreglar esto!

Toni me fulminó con la mirada.

—Pues empieza por no decir gilipolleces. Y por no gritarme, como si Silvia fuera culpa mía.

Me callé, sabía que tenía razón en algo, estaba reaccionando desde el miedo.

Miedo a perder a Violeta. Miedo a decepcionarla de nuevo. Miedo a repetir la historia.

Respiré hondo, abrí el móvil y busqué su nombre.

Toni negó con la cabeza.

—No te lo va a coger, Daniel. Déjala respirar. Está dolida.

—Me da igual —dije apretando el teléfono—, necesito hablar con ella.

Marqué... un tono, dos, tres...: «El usuario no puede atender su llamada en este momento».

El silencio después del mensaje fue como una bofetada. El mundo se me encogía entre los dedos.

Ya era tarde.

# Acerca de la autora



Amaranda (seudónimo literario de Pilar Escapa Altarriba), nació en Lleida en 1958. Tras el éxito de la primera novela de la trilogía «Qué fue de nosotros» y de su continuación «Y todo empezó con un cubata», Amaranda regresa al mundo literario para ofrecer a sus lectores el final de la historia de amor entre Violeta y Daniel.

Prepárate para conocer el desenlace de esta historia tan real como la vida misma.